

Modos de ser

El juramento de Vicente Leñero

Ignacio Solares

Vicente Leñero empezó a escribir su columna “Lo que sea de cada quien” en esta *Revista de la Universidad de México* a finales del 2006, y ello afianzó nuestra larga amistad e hizo que nos viéramos con mayor frecuencia.

En una ocasión fuimos a tomar una copa porque, dijo por teléfono, tenía serias dudas sobre una posible columna. Desde que llegaron los whiskys me planteó el problema.

—¿Tú sabes por quién se suicidó Miroslava, en 1955, a los 29 años de edad?

—Por el torero Luis Miguel Dominguín, quien la dejó para casarse con la actriz italiana Lucía Bosé. Tú mismo así lo escribiste en el guion sobre su vida de la película que dirigió Alejandro Pelayo. En encuentran muerta a Miroslava con la foto de Dominguín entre las manos. También hay un espléndido cuento de Guadalupe Loaeza en su libro *Primero las damas* en que se da la misma versión.

Aunque yo recordaba veladamente el escándalo que se armó en los periódicos a raíz de ese suicidio, luego me volví un verdadero enamorado de Miroslava y vi todas sus películas con verdadera devoción. Su belleza y forma de actuar me deslumbraban. Especialmente vi cinco o seis veces *Ensayo de un crimen* de Luis Buñuel, la última película de la actriz, en que, proféticamente, su maniquí de cera es quemado por el actor Ernesto Alonso.

—Pues no, Miroslava no se suicidó por el torero Luis Miguel Dominguín —dijo en tono enfático Vicente, dando un largo trago a su whisky.

—Pero eso fue lo que se dijo en todos lados y hasta encontraron la foto del torero entre sus manos, casi como un cruci-



Miroslava

fijo. Además tú mismo lo escribiste en el guion de tu película.

—Pues mentí.

—¿Por qué?

—Porque había jurado no decir la verdad.

Hay que recordar que Vicente era católico practicante. Quizás, el mejor escritor católico que ha dado nuestro país.

—¿A quién se lo juraste?

—A Ernesto Alonso, el mejor amigo de Miroslava, quien fue el primero en entrar en su recámara y reconocer el cadáver... y cambiar la foto que tenía entre sus manos.

—¿Y por qué no lo dijiste en el guion de tu película?

—Te digo, porque se lo había jurado a Ernesto Alonso, y cuando escribí el guion él todavía vivía.

Yo también di un largo trago a mi whisky, con emoción creciente.

—¿Y ahora que ya murió Ernesto Alonso?—pregunté.

—Por eso quería hablar contigo. He pensado en contar la verdad en mi columna de nuestra revista. Pero antes quería preguntarte, tú que dices saber tanto de teología. ¿Una vez que muere la persona a quien le juraste algo, deja de ser válido el juramento?

Naturalmente, por tener un artículo así en nuestra revista (la columna de Vicente era la más vista y mucha gente me decía

que compraba la revista sólo por leerla), yo también era capaz de jurar en vano.

—Por supuesto. Una vez que muere la persona a quien le juraste algo, deja de ser válido el juramento —respondí sin una fisura de duda en mi tono de voz.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Puedes escribir el artículo sin una gota de culpa.

—¿Dónde lo leíste?

—No recuerdo exactamente, pero está en varios libros de teología.

—Bueno, si tú que eres el director de la revista y también católico, lo dices, lo voy a escribir.

Vicente hizo una seña a la mesera para pedir la cuenta.

—Oye, pero antes dime por quién se suicidó Miroslava. Porque, en efecto, algo leí de que era bisexual y que en realidad se suicidó por Ninón Sevilla.

—Pendejadas, como me dijo Ernesto Alonso cuando yo también se lo comenté. Se suicidó por Cantinflas, de quien estaba locamente enamorada, y que le había ofrecido divorciarse de su mujer para casarse con ella, lo que nunca cumplió. El propio Ernesto Alonso cambió la foto de Cantinflas de entre las manos de Miroslava y puso la de Dominguín.

Varios años después, ya con Vicente muy enfermo, le recordé aquella plática que dio lugar a uno de los mejores artículos que publicó en la revista (salió en enero de 2009) y le reconocí que, en realidad, le había mentado, y que yo creía que un juramento que se hace a alguien permanece aunque esa persona haya muerto.

Sonrió.

—Por supuesto que yo también lo sé, pero necesitaba a alguien con quien compartir el pecado —contestó. **U**